

MARCOS.

Hace tiempo que nos odiamos.

Es mutuo, supongo. A mi padre nunca le he gustado. La diferencia es que desde que mi madre no está, ya ni siquiera lo disimula. Yo tampoco lo hago, pero por lo menos intento controlarme. Sé que, a las malas, llevo las de perder, porque ser menor de edad limita mucho, así que me trago la rabia y me aguanto. Aunque contenerme me cuesta casi tanto como escribir en esta mierda. Una Olivetti que debería estar en un museo y que él me obliga a usar cada vez que tengo que entregar un trabajo de clase. Como el que se supone que debería escribir ahora.

El de lengua nos ha pedido que escribamos “sobre lo que nos apetezca”. Que “nos dejemos llevar”. Pero si me dejo llevar, puede que me rinda y acabe estallando. Puede que no contenga ni un minuto más las ganas de decirle a mi padre cuánto lo detesto, cuánto daño me hace, cuántas ganas tengo de perderlo de vista de una vez. A mi madre, él también la sacaba de quicio, aunque ella no nos lo dijera. O tal vez sí lo hacía y yo no me di cuenta hasta muy tarde. No sé. La infancia es una mierda, no te enteras de nada y luego, de repente, te salta todo a la cara, como si con los quince te dieran una entrada gratis para el infierno. Toma, aquí la tienes: la puta realidad.

«A ver si aprendes a escribir como Dios manda.»

«A ver si te portas como Dios manda.»

«A ver si cambias y empiezas a ser como Dios manda».

Cada vez que mi padre pronuncia esa palabra, parece que se hubiera comprado a Dios para él solito... Claro que Dios no tiene a mi viejo encima todo el día, dándole la brasa con lo que debe y lo que no debe hacer. Con lo que está bien y con lo que está mal. Con lo que le gusta de mí (casi nada) y lo que no le gusta (casi todo). Mis tres hermanos le gustan más que yo:

Le hace gracia Adolfo, el pequeño.

No le molesta Sergio, el mediano.

Y babea con Ignacio, el mayor.

Con ellos tres no hay bronca nunca. Al revés. Se ve que con joderme a mí, mi padre y su Dios ya tienen suficiente.

A lo mejor sí debería dejarme llevar. Y gritar que no pienso seguir soportando ni sus broncas, ni sus malas caras, ni sus amenazas. Que no voy a fingir que soy la persona que él quiere que sea. Que ya ni siquiera me duele no ser el hijo que él habría querido tener. Y qué más da si no lo soy: tampoco él ha sido nunca el padre que yo habría deseado.

No puedo, no quiero contenerme.

Y se lo voy a gritar a mi padre, a mis hermanos, a quien haga falta.

Voy a gritarlo hasta que estallen las ventanas, hasta que se abran de un golpe todas las puertas, hasta que se acabe este encierro que ya dura meses.

Hasta que el ruido de las teclas sea brutal y cada letra suene como una bala.

Como un disparo.

Un disparo con el que voy a mandarlo todo a la mierda de una maldita vez.

Se oye cómo se abre la puerta de la casa de Marcos. Se acelera e intensifica el ruido de las teclas, suenan voces, movimiento, quizás una pelea y se escucha cómo se destroza -contra el suelo- una máquina de escribir.

SERGIO. Fue solo un segundo. Pero significó el final de todo.

Sentí cómo me atravesaban esas tijeras. Aquel frío que me llegaba tan adentro y acababa con todo.

Entonces lo supe: no dudé de lo que iba a suceder ni un solo momento. Ni siquiera cuando alguien llamó a la ambulancia. Ni cuando oí las sirenas. Ni cuando vi a mi padre con la cabeza reventada a unos centímetros de mí. Entonces yo ya no estaba allí. Estaba ya en este otro lugar. Desterrado. Perdido en un sitio que no tiene nombre porque tampoco tiene tiempo. No debió haber pasado.

Me digo. Me repito. Me enfado.

No debió haber pasado.

No tuvimos que morir ninguno de los dos.

Y a pesar de la rabia, trato de no torturarme pensando en todo lo que me ha quedado por hacer.

En todos esos días y en todas esas noches que ya no ocurrirán.

Lo único que recuerdo es mi muerte y aún hoy, en esa muerte, solo siento unas ganas enormes de aferrarme a la vida.

2

IES Rubén Darío

Meri y Adrián están enrollándose en un rincón del patio, durante el recreo.

MERI. Lo que daría por un pitillo.

2

-

ADRIÁN. Toma, y yo.

MERI. ¿Y este año, qué? ¿Te mola alguno?

ADRIÁN. (*Negando con la cabeza.*) Como en mi 4º nos han puesto a todos los repetidores, la mayoría entra ya con cara de asco.

MERI. Y luego dicen que las clases las hacen “al azar”.

ADRIÁN. Sí, mogollón de azar. Por eso en 4ºD estamos los que estamos...

MERI. Pues no sabes cómo se pasan en Bachillerato. Solo llevamos una semana y ya estoy agotada con todo lo que quieren que hagamos.

ADRIÁN. Aquí todos se creen que su asignatura es la única del mundo.

MERI. Y que no hay más mundos...

ADRIÁN. ¿Te ha vuelto a tocar Eduardo?

MERI. Otra vez lo tengo en inglés. Lo primero que ha hecho ha sido mirarme bien las tetas. (*Imitándolo.*) “Qué bien os ha sentado a algunas el verano”.

ADRIÁN. Cualquier día le van a partir la boca... Y lo mismo voy a ser yo.

MERI. ¿Y tú qué tal?

ADRIÁN. Tengo a los mismos del año pasado... Menos Sonia, en Sociales.

MERI. ¿La jefa de estudios?

ADRIÁN. (*Asintiendo.*) La madre del friki.

MERI. A mí me da Historia también.

ADRIÁN. Nos ha dicho que le caemos bien y todo.

MERI. Fijo que le caes bien... Tú, el que más.

ADRIÁN. Oye, que yo puedo ser un tío encantador.

MERI. Pero si tienes que haber batido el récord de partes, Adri. Que te has pasado media ESO en Jefatura, colega.

ADRIÁN. Soy un rebelde, Meri. Qué quieres que le haga.

MERI. (*Besándolo.*) Idiota...

ADRIÁN. ¿Y a ti qué te ha parecido?

MERI. No sé. No me ha caído mal. Y eso que, si empollar Historia no es lo mío, imagínate en inglés...

ADRIÁN. Pero si tú eres una *bilingual* de esas.

MERI. Muy *bilingual*, sí.

ADRIÁN. ¿Y alguno más que te mole?

MERI. Álvaro.

ADRIÁN. ¿Ese quién es?

MERI. Uno nuevo. De Lengua. Es raro, pero parece buen tío. Hoy nos ha dictado un poema. De una isla o algo. No he entendido nada, pero le ha puesto emoción. Y nos ha pedido que seamos creativos y eso.

ADRIÁN. ¿Tú eres creativa, Meri?

MERI. Mucho... ¿Te lo demuestro?

Se están enrollando cuando pasan junto a ellos Raúl, Marcos y Sandra.

RAÚL. ¿Nos hacemos un cine después de clase?

MARCOS. ¿Un lunes? Imposible. Mi padre no me deja salir un lunes ni de coña.

SANDRA. Pues habla con tu madre. La excusa del cine clásico funciona. No sé por qué, pero con los padres siempre funciona.

MARCOS. Mi madre está rayadísima esta semana... Además, tengo entrenamiento.

SANDRA. Siempre tan ocupado.

RAÚL. Es lo que tiene ser colega de Bruce Lee.

Marcos hace ademán de dar una patada de taekwondo pero controla el movimiento para no rozar a su amigo.

RAÚL. Mira que eres chulo...

MERI. *(A los tres.)* ¿Vais al bar?

SANDRA. Sí. ¿Por?

MERI. *(Buscando una moneda.)* Píllame una lata de algo, anda.

Sandra coge la moneda con fastidio.

MERI. *(A Raúl.)* Oye, friki, muy maja tu madre.

ADRIÁN. Dile que se enrolle con mi nota, ¿eh?

MERI. Y con la mía.

ADRIÁN. Invítate a algo, Marcos.

MARCOS. *(Dándole una colleja.)* Claro, ¿qué más le apetece al señor?

ADRIÁN. *(Amistoso.)* Mamonazo.

MERI. Oye, ¿a vosotros también os ha molado el nuevo de Lengua?

RAÚL. ¿Álvaro?

SANDRA. Parece majo.

MARCOS. Pues igual que el resto. El primer día todos los profes parecen majos.

MERI. Qué va. Algunos no lo parecen ni el primer día.

MARCOS. Seguro que es otro más... Otro de los que nos va a leer el libro de texto hasta dormirnos.

RAÚL. No todos son así.

ADRIÁN. ¿Por ejemplo?

SANDRA. Sonia.

MARCOS. *(Mirando a Raúl.)* Y menos mal que está ella en Jefatura, porque Gerardo...

MERI. El dire es lo peor.

RAÚL. A ese lo pusieron a dedo...

MARCOS. Seamos sinceros. ¿Cuántos años llevamos aquí?

ADRIÁN. Infinitos.

MARCOS. ¿Y cuántos días hemos sentido que no estábamos perdiendo el tiempo?

RAÚL. Hoy estás muy negativo.

MERI. ¿Y el poema ese? ¿Lo habéis pillado?

SANDRA. Yo ya lo conocía.

MERI. *(Con sarcasmo.)* Es que tú eres muy lista, tía.

RAÚL. "Si emprendes el viaje hacia Ítaca..."

ADRIÁN. *(Con sorna.)* ¿Y dónde queda la Ítaca esa?

MARCOS. No veo el momento.

RAÚL. ¿De largarte a Ítaca?

MARCOS. Adonde sea.

RAÚL. Por lo menos Álvaro nos va a hacer pensar. Ya es algo.

MARCOS. A ver cuánto le dura. En este sistema no es lo habitual.

ADRIÁN. Pensar, pensamos bastante poco.

MARCOS. Algunos menos que otros.

ADRIÁN. *(Bromeando.)* Cabrón.

SANDRA. ¿Vamos a por unas latas o no? Que está a punto de sonar...

RAÚL. Yo paso. Si ya no queda nada.

Salen Marcos y Sandra.

MERI. ¿Ya tenéis gente para el trabajo?

RAÚL. ¿El de poesía?

MERI. Ese.

ADRIÁN. ¿También tenéis que hacer un trabajo de poesía?

MERI. Sí.

ADRIÁN. Menudo rollo. ¿Y vas a hacerlo?

MERI. A lo mejor.

ADRIÁN. ¿Pero tú qué te has fumado? Te estás volviendo muy loca, que lo sepas. Como sigas con estos frikis acabas volviéndote una hípster de esas.

RAÚL. De momento solo somos Sandra, Marcos y yo.

MERI. ¿No eran grupos de cuatro?

RAÚL. Ya. Nos falta uno.

MERI. Vale, me apunto.

RAÚL. Bueno, lo hablo con ellos y te digo.

MERI. ¿Y qué tenéis que hablar? Que me apunto y ya está. A ver si ahora nos vamos a poner idiotas.

RAÚL. A ver, Meri, que no te puedo apuntar en el grupo sin preguntarles.

Adrián esboza una sonrisa cínica y, sin mediar palabra, se lanza sobre Raúl, al que inmoviliza y le retuerce el brazo. Meri los cubre para que nadie más los vea.

ADRIÁN. Mira, friki, a ver si te crees que tú aquí decides o algo. Y si ella te dice que la apuntes, tú la apuntas. ¿Te lo explico más claro?

RAÚL. Suéltame, joder.

ADRIÁN. Y cuidado con decirle algo de esto a tu amiguito Marcos o a tu mami la profe, a ver si entonces la hostia va a ser todavía mayor.

RAÚL. Que me sueltes.

Adrián lo libera y le da una patada.

ADRIÁN. ¡Largo!

Raúl se va, con el brazo aún dolorido.

Suena el timbre de regreso a clase.

ADRIÁN. Cada día suena antes.

MERI. Ya.

ADRIÁN. Pues nada. De vuelta a la jaula...

MERI. Con lo bien que me habría venido un piti.

ADRIÁN. Toma. Y a mí.

SERGIO. Lo único que recuerdo es mi muerte y aún hoy, en esa muerte, solo siento unas ganas enormes de aferrarme a la vida.